

DEL CONCEPTO DE “PRIMERO” EN GRACIÁN A LA “AGUDEZA NUMERAL”

BENITO PELEGRÍN

Université de Provence (Aix-Marseille I)

PRIMERA obra de Gracián, “primer pino del discurso”¹, según la primera línea de su dedicatoria, *El Héroe* dirige “Al Lector” estas primeras palabras: “¡Qué singular te deseo!”.

La singularidad, la unicidad, por supuesto, se definen frente a la pluralidad, la multiplicidad, la masa, condiciones imprescindibles para que, sobre lo uniforme, pueda deslindarse lo uno y aun único y, sobre lo proteiforme, la forma sin par del Héroe, singular e insular, descollando sobre el mar confuso de los demás y adelantándolos a todos: primero.

Para ello, nuestro autor le propone, dice, “una brújula de marear a la excelencia”, unas “pocas reglas de discreción”, “copiando”, precisaba, unos cuantos autores que cita, “algunos primores de tan grandes maestros”: “primores”, o sea lo que es ‘primero’, ‘principal’, esencial sacado de los *primeros* entre los maestros.

PRIMOR, PRIMERO

De buenas a primeras, para ser primero, pues, ofrece en su arte para ser Héroe unas recetas que también llama “primores”. Es decir que, a pesar de la jerarquía o del orden que tienen entre sí estos “primores”, ya que tienen su “Primor *primero*” (en suave figura de derivación fónica) y su “Primor *último* y corona”², el concepto de primero venía inscrito en la estructura del *Héroe*. Y si bien un primor, el VII, “Excelencia de primero”, expone claramente su concepto, incluso podríamos decir que este tratado es una variación, sobre la noción de “primero” dirigida principalmente a todo aquél que lo quiera ser o permanecer: príncipe, principal, atento al primor. Sentencia éste:

1. Es la primera línea de su dedicatoria a Lasantana.

2. Subrayados míos en cursiva. Cito abreviado *H*, por *Héroe*, *P* por *Político*, *D* por *Discreto*, *OM* por *Oráculo manual*, *A* por *Agudeza*, *C* por *Criticón*,

Com por Comulgatorio, seguidos en cifra romana por el número del Primor, Realce, Aforismo, Discurso, Crisi o Meditación. La edición que utilizo es la de Arturo del Hoyo, *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1960; salvo para *El Político* y *El Criticón*, que vienen citados más abajo.

Hubieran sido algunos fénix en los empleos, a no irles otros delante. Gran ventaja el ser primero, y si con eminencia, doblada (*H*, VII, “Excelencia de primero”, p. 16).

EXCELENCIA, EXCEDER

La “excelencia” supone “exceder”, adelantar, sobrepasar, ganar, superar: probar, demostrar, entonces, su superioridad, su eminencia en terminología graciana y, en buena etimología, ‘que está por encima del nivel común’. Claramente se dibuja aquí el campo de la actuación propuesta al Héroe en su carrera hacia el triunfo, la “primaría”. Es el teatro de la competición, de la competitividad, del triunfo, del aplauso, mundo de una fundamental superioridad que da el premio, la medalla, al que crea una desigualdad con el otro, aunque mínima, y añade: “Gana en igualdad el que ganó de mano.”

El rango de segundo en la competición no se ve considerado en una gradación honrosa hacia el primero sino como una degradación vergonzosa, porque la victoria funciona en un absolutismo que no admite relativismo ni medios tintes: se gana todo o nada. Pero no gana uno si no pierde el otro, la victoria del primero es derrota del segundo: “Álzanse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos mal pagados alimentos.”³ Segundones de una fama mal pagada como restos, reliquias mendigadas de la gloria ajena, ni siquiera invitados a subir y compartir el podio del triunfo con el primero, ya que se les invita a todos a seguir esta regla de la singularidad sin solidaridad:

*Nunca acompañarse con quien le pueda deslucir: tanto por más cuanto por menos. Lo que excede en perfección excede en estimación. Hará el otro el primer papel siempre, y él el segundo; y si le alcanzare algo de aprecio, serán las sobras de aquél. [...] Nunca se arrime a quien le eclipse, sino a quien le realce. [...] Tampoco ha de peligrar de mal de lado, ni honrar a otros a costa de su crédito. Para hacerse, vaya con los eminentes; para hecho, entre los medianos (*OM*, 152, p. 192).*

O sea: sólo quiero igualdad con mis superiores para, luego, superarlos y la aceptación con mis inferiores cuando todos ven mi indiscutible eminencia sobre ellos. Universo siempre inestable del quita y pon de los triunfos respectivos en la ley marcial de la vida, “milicia contra la malicia”⁴, con tal que el segundo se empeñe en ser un

3. En el aforismo 63 del *Oráculo manual*, que tiene el mismo título que este “primor”, dice “mal pleiteados alimentos”, o sea, la pensión que el mayorazgo tenía que pagar al segundón sin cumplirlo, terminando muchas veces en pleitos entre hermanos.

4. Véase *OM*, 13 que, como ya escribí, es la lucha aterciopelada pero férrea de dos máscaras buscando siempre desequilibrio en favor propio para triunfar del otro.

día primero: juego del señor y del esclavo, del subalterno y del amo. Lo expresará en el *Oráculo*:

Elegir idea heroica: más para la emulación que para la imitación. Hay ejemplares de grandeza, textos animados de la reputación. Propóngase cada uno en su empleo los primeros, no tanto para seguir, cuanto para adelantarse (*OM*, 75, p. 172).

No entraremos aquí en la problemática maquiavélica y casuística del fin y de los medios más o menos torcidos y retorcidos, del deseo feroz de salir ganando contra el otro, que Gracián nos expone con neutralidad casi científica en el *Oráculo*: “nunca se pierde reputación cuando se consigue el intento. Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los desaciertos de los medios” (*OM*, 66, p. 169).

NUEVO, RARO, INVENTIVO

Lo que había sintetizado líneas antes: “El que vence no necesita de dar satisfacciones” (*Ibid.*). Dejemos, pues, ese corolario del culto del triunfo que es la consecuencia de la voluntad férrea de ser reconocido por primero, superior, pues se ha superado a los demás. Volvamos a las implicaciones del Primor, la singularidad del primero que destaca sobre lo adocenado, lo plural, introduciendo la noción aquí de ‘raro’: “Es la pluralidad descrédito de sí misma, aun en preciosos quilates; y, al contrario, la rareza encarece la moderada perfección” (*H*, VII, p. 16).

La rareza, aun mediana, pues, llega a ser superioridad sobre la perfección aquí-lata pero más cotidiana, corriente. De modo que, aquí, no seguir la corriente, crear su propia corriente, es extraordinaria vía para ser primero, y el inventor lo es por definición: “Prodigiosa es la fecundidad de la inventiva”, dirá y repetirá como un credo en la *Agudeza* (*A*, LVII, p. 484)⁵. Ya lo proclamaba en *El Héroe*:

Es, pues, destreza no común inventar nueva senda para la excelencia, descubrir moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan a la singularidad, no todos sendereados. Los más nuevos, aunque arduos, suelen ser atajos para la grandeza (*H*, VII, pp. 16-17).

Y lo repite al final de ese primor VII, “Excelencia de primero”:

todo varón raro entienda bien la treta, que en la eminente novedad sabrá hallar extravagante rumbo para la grandeza (*Ibid.*, p. 18).

5. “la fecunda invención” (*A*, LVII, p. 485).

Recalcará el valor de la novedad, de manera más crítica, en *El Crítico*:

nos suspenden las cosas, no por grandes, sino por nuevas; no se repara ya en los superiores empleos por conocidos, y así andamos mendigando niñerías en la novedad para acallar nuestra curiosa solicitud con la extravagancia. Gran hechizo es el de la novedad, que como todo lo tenemos tan visto, pagámonos de juguetes nuevos, así de la naturaleza como del arte, haciendo vulgares agravios a los antiguos prodigios por conocidos (C, I, III, pp. 86-87)⁶.

Pero aquí sólo se trata de la ventaja estratégica de la novedad: “*Válgase de su novedad*: que mientras fuere nuevo será estimado [...] estíbase más una medianía flamante que un extremo acostumbrado” (OM, 269, p. 221). Concepto que ya había deslindado en el Primor.

La invención, lo inédito e inaudito, lo nuevo, son, pues, corolarios del postulado graciano de “primero”, “moderno rumbo para la celebridad”. Postura anclada en la modernidad, con miras hacia el futuro, en nada paseísta, que si se define por un pasado, una tradición, por definición “primera”, es con el proyecto, renovándola, de superarla también: “Sin salir del arte, sabe el ingenio salir de lo ordinario y hallar en la encanecida profesión nuevo paso para la eminencia” (H, VII, p. 17). De paso, retengamos que de esa voluntad de “salir de lo ordinario” se deduce la noción de “extraordinario” o “extravagante”.

La posición movediza de moderno es carrera hacia lo que Bourdieu llama la “distinción”, lo que nos distingue de los otros, lo que media entre el vulgo y la élite, lo que nos separa de los demás; éstos nos la envidian y disputan, nos corren al alcance y nos esforzamos por conservar la distancia que media entre ellos y nosotros para seguir conservando el privilegio de “distinguido”, modo de quedar siempre primero, en la vanguardia, lo que supone mantener a raya la tradición:

La erudición de cosas modernas suele ser más picante que la antigua, y más bien oída, aunque no tan autorizada. Los dichos y hechos antiguos están muy rozados; los modernos, si sublimes, lisonjean con su novedad; dóblase la ilustración con la curiosidad y con la ingeniosa acomodación (A, LVIII, pp. 489-490).

CONTRA LA IMITACIÓN Y TRADUCCIÓN

De la voluntad de ser primero e inventivo se deriva la censura de la teoría y prácticas clásicas de la imitación: “Son tenidos por imitadores de los pasados los

6. Cito *El Crítico* por la edición de Elena Cantarino, Madrid: Espasa Calpe (Austral

435), 1998.

que les siguen; y, por más que suden, no pueden purgar la presunción de imitación” (*H*, VII, p. 16). Lo que repetirá en la *Agudeza*: “Suele faltarle de eminencia a la imitación lo que alcanza de facilidad; no se ha de pasar los límites del seguir” (*A*, LVIII). De ahí resulta el desprecio por la segundona traducción:

Todo lo dificultoso es violento, y todo lo violento no dura, así, que el no estar hoy en plática más es por sobra de dificultad que por falta de artificio e inventiva. Grande humildad y aun flojedad de nuestros modernos, darse a traducir, o cuando más parafrasear ajenas y rozadas antigallas, pudiendo aspirar a inventarlas con ventaja.

En ese “Primor” sobre la “Excelencia de primero”, alude a un “galante pintor” (¿Velázquez?) que se plantea el perjuicio causado por la fama de antecesores, “que le habían cogido la delantera el Ticiano, Rafael y otros”. Para reaccionar, cuenta, “valióse de su invencible inventiva”, y dejando de pintar “a lo suave y pulido” como ellos, “dijo que quería más ser primero en aquella grosería que segundo en la delicadeza” (*H*, VII, p. 18).

En el *Oráculo Manual*, el aforismo 63, con mismo título y leves diferencias, añade este matiz: “Quieren algunos más ser primeros en segunda categoría, que ser segundos en la primera” (*OM*, 63, p. 168), recuerdo evidente del dicho de César que prefería ser primero en un pueblecito que segundo en Roma.

NOCIONES AFINES, CREACIONES VERBALES

Evidentemente, la ideología de ese “Primor VII” sobre la “Excelencia de primero” informa también el *Oráculo* en otros aforismos aparte de los citados y, en menor grado, el más apacible *Discreto*. Otros primores del *Héroe* tienen naturalmente afinidades con éste: el V, “Gusto relevante” con sus “perfecciones soles” y “perfecciones luces”, el VI “Eminencia en lo mejor”, el IX, “Del quilate rey” y la “prenda relevante en sí” de Héroe, “el atributo rey de su caudal”, etc.

Podemos concluir aquí que el concepto de “primería”, nítidamente expuesto en ese Primor VII, tiene por sinónimo ser “fénix”. Además, como un centro conceptual, posee adjuntos, como diría de la agudeza, nociones periféricas del mismo campo semántico en que “primero” es el centro, que son: “excelencia, eminencia, extravagancia, superioridad, rareza, singularidad, invención, novedad”, prendas que hacen a un varón “gigante, máximo”, extraordinario, moderno, original. Descollando de modo indiscutible sobre la “pluralidad” de la masa.

Del mismo modo, algunas creaciones verbales de Gracián, que tanto criticara el Padre Bouhours como “falsa grandeza” (tales “archirreyes”, “archiministro”, “ar-

chicorazón”), son superlativos que marcan, con ese *prefijo predilecto realzado*, la *preferencia*, la “primería”, como hoy se indica la superioridad sin competencia por los trillados “super” o “hiper”. Otro modo de intensificar, de multiplicar un término valorativo son esos redobles de substantivos en el que uno sirve de cuantificador al otro: “Rey, Rey”⁷. Ese concepto de “primero” pasa a adjetivo valorativo, sinónimo de “principal”, que se halla en toda la obra⁸, hasta en el *Comulgatorio*. Baste un ejemplo característico: “*Varón de prendas, y majestuosas*. Las primeras hacen los primeros hombres” (*OM*, 296, p. 227).

Sería también interesante rastrear en su propia obra ese concepto de primero, su ufanía o pretensión en serlo, y claro, la creación de neologismos, de vocablos nuevos es un modo patente de ser primero en la invención⁹. Sabemos que su *Agudeza y Arte de Ingenio* la presenta como una “teórica flamante” en su nota “Al Letor”, concluyendo con este voto: “Y tú, ¡oh, libro!, aunque lo nuevo y lo exquisito te afianzan el favor, si no el aplauso de los letores, con todo deprecarás la suerte de encontrar con quien te entienda” (*A, Al lector*, p. 234).

La primera línea del primer Discurso insiste implícitamente sobre la facilidad de la imitación o de continuar una tradición, oponiéndola a la dificultad y desafío de la invención: “Fácil es adelantar lo comenzado; arduo el inventar, y después de tanto, cerca de insuperable” (*A, I*, p. 234).

Inventar y superar una tradición, aquí la retórica, es la meta que se propone y nos propone como lograda, presentándose como primero. Pero, podríamos oponerle la realidad de su práctica: él confesaba copiar “primores”, pero también ocultando fuentes, imita, traduce, saquea, intentando remozar, renovar (la retórica por la agudeza) y eso sí, siempre superar por su genio y cuño los textos aprovechados¹⁰.

7. *El Político*, p. 30. Por comodidad, de este libro corto pero sin capítulos marcados, doy la referencia de la página que cito por la fácil edición de Evaristo Correa Calderón, Salamanca-Madrid: Anaya, 1961.

8. *OM*, 18, p. 156: “los primeros empleos”; “Iban entrando aquellos príncipes y señores, y sentándose a la mesa por orden de dignidad, no de anticipación; no por años, sino de méritos; los más principales, los primeros” (*Com*, XXVI, p. 1060).

9. Es interesante notar que muchas de las palabras creadas o acreditadas por el uso que de

ellas hace Gracián las recogerá el *Diccionario de Autoridades*. No sé si, aparte de Góngora, otro genial creador de formas y palabras, se le pueda comparar otro autor del Siglo de Oro.

10. En su nota “Al Letor” del *Criticón*, indica algunas de sus fuentes, pero seguramente menos usadas directamente que las que oculta. Son conocidas sus deudas al *Quijote* que finge despreciar. En mi Doctorat d’Etat, señalé recuerdos del romancero, aprovechamiento del Góngora sin embargo censurado de *Las Soledades y Polifemo*, páginas inspiradas en *El Diablo cojuelo* de Vélez de Guevara, etc.

Ahora quisiera apuntar una como teoría, no claramente llevada a cabo, pero que parece traslucirse en *El Político*, y que yo llamaría una “agudeza numeral”.

AGUDEZA NUMERAL: EL “PRIMERO” EN EL POLÍTICO

1°) Fernando el Católico, primero por antonomasia

El segundo libro de Gracián, con ese espíritu de sistema que ya subrayé -dismontado en realidad por su propia práctica- parece aplicar de manera algo trabajosa y accidentada ese culto de “primero” que da resultados atrevidos en su época, graciosos hoy por sus implicaciones políticas: los nombres y números de los monarcas y la temporalidad de las monarquías.

En ese librito publicado a fines de 1640, cuando Cataluña ya lleva casi seis meses sublevada, seguida por la secesión de Portugal, ¿qué puede significar la dedicatoria enfática al Duque de Nochera, si bien virrey de Aragón, oriundo de la disidente Nápoles? Conocemos la por lo menos atrevida propuesta y proposición de nuestro confesor del Duque: “Opongo un rey a todos los pasados, propongo un rey a todos los venideros: don Fernando el Católico” (*P*, p. 21).

Un rey opuesto a los pasados no puede, por supuesto, ser “primero”; propuesto a los futuros, sí. Pero entre futuro y pasado, se eclipsa en una puntualidad temporal el rey actual que no puede pretenderse “primero” ni por su rango: el IV de los Felipes. Con este prudente reparo ambiguo sobre Fernando que no excluye totalmente a su descendiente: “fue el mayor rey hasta hoy”.

Claro, ni Fernando era “primero” de título. Pero nuestro sutil casuista ya tenía anticipada respuesta al parecer al problema de coherencia numérica. En efecto, desde el “Primor Primero” de *El Héroe* hábilmente coronaba a Fernando con el malabarismo virtuosísimo numeral de esta unción: “aquel gran rey primero del Nuevo Mundo, último de Aragón, si no el *non plus ultra* de sus heroicos reyes”. (*H*, I, p. 7).

Huelga decir que aun último de Aragón, lo hace “primero” la calidad de insuperabilidad de ese repetido título de *non plus ultra*, fundamento flamante de un concepto, inversión ingeniosa de la realidad histórica y geográfica del ultrapaso de las reputadas intraspasables Columnas de Hércules, Descubrimiento y Conquista que sí lo hicieron “rey, primero del Nuevo Mundo”, ahorrando este género masculino que, “sin mentir”, no dice aquí “todas las verdades”, el “tanto monta” de la verdad compartida por el consorte aragonés de la castellana reina Isabel iniciadora política del viaje a ultramar.

Pero, de todos modos, ya tenía otra respuesta coherente a las objeciones este nuestro “infanzón” Lorenzo, más segundón por genealogía que mayorazgo de nacimiento: “no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia”. (*H*, VII, p. 16).

Con esa salvedad, ya sabemos que, para Gracián, Fernando, “el Oráculo mayor de la razón de Estado”, no tiene competencia en el “arte de reinar”, es “catedrático de prima”¹¹. De todos modos, al finalizar la obra, en el exordio al Duque, en un paralelismo sofístico, resume rotundamente la paradoja fernandina de ser a la vez último y primero: “El último rey de los godos, por línea de varón; pero el primero del mundo por sus prendas” (*P*, pp. 65-66).

Se entiende, si “del mundo”, de la historia también, incluyendo el presente, excluyendo, pues, al rey actual a pesar de aquel primer político reparo de que Fernando “fue el mayor rey hasta hoy” que parecía dejar campo libre de primaria a Felipe IV. Además, si es el “último rey de los godos”, implica que es primero al abrir otra vía, dinástica esta vez, si no por “línea de varón”, al menos, implícitamente por no nombrarla, “por línea” de hembra (soslayando otra vez a Isabel), Juana la Loca, madre del primero Habsburgo de España.

En efecto, como si no bastara esa posición privilegiada de primero, siempre con igual destreza manipuladora, implícitamente, lo coloca simbólicamente como casi fundador de la dinastía de los Habsburgos de España, pues su “mayor acierto, entre tantos, fue haber escogido la [...] divina elección de la catolicísima Casa de Austria”. Lo que repite en la frase final: “Esta, pues, escogió el católico y sabio rey para sucesora augusta de su católico celo” (*P*, p. 66).

Lo que hace casi de Fernando el primero y único (siempre solapando a la católica consorte castellana) de esa nueva dinastía. Lo que plantea otro problema confrontando esa postura con las posiciones respecto a las monarquías en su primavera, otoño o vejez también teorizadas.

PRIMORES Y PRIMEROS DE LAS MONARQUÍAS

El concepto de primero tiene, evidentemente, una doble dimensión, espacial y temporal, histórica en este caso. En *El Político*, con sistematización, algo forzada tal vez, Gracián lo extiende y trasciende a un tipo de antropología temporal que tendremos desarrollada en *El Crítico*, y que le sirve de modelización histórica y política.

Vida y muerte ineludibles, ciclo de la vida o de la muerte, que tanto preocupa a Gracián, de larga tradición pero que Giorgio Vasari, desde su marchito Renacimiento tras el Saco de Roma en 1527, teorizara en un pre-hegelianismo recuperado por Voltaire: las culturas tienen tres etapas, crecimiento, apogeo y decadencia, o juventud, madurez y vejez; aurora, día y ocaso, en terminología graciana aplicada a las imperios:

11. *P*, p. 43.

Tienen los imperios sus crecientes, y sus llenos crecen con el valor en sumo, consérvanse con una medianía, la que basta para no declinar, aunque más monarquías perecieron por falta de valor que por exceso (*P*, p. 41).

O aplicada a la relación del rey con el estado de su monarquía:

depende mucho la grandeza o la pequeñez de un rey del estado de la monarquía, que va mucho de reinar en su creciente, al reinar en su menguante (*Ibid.*, p. 32).

Aquí se dibuja, desdibujándose el imperio, la curva fatal de la monarquía española desde el creciente del “primero” y grande, Fernando, al menguante del dramático año de 1640, con un rey, Felipe, “el Grande” por apodo, pero “grande como un hoyo, ironizaría Quevedo, cuanta más tierra le quitan”.

Marchitan, pues, las monarquías lo mismo que florecen y, dice, “siempre fue gran ventaja suceder a la corona fragante” “y empuñar el cetro floreciente”. En cambio, pondera,

Suma infelicidad de un príncipe llegar a la monarquía ya postrada, caído el valor, valida la ociosidad, desterrada la virtud, entronizado el vicio, las fuerzas apuradas, la reputación salida, la dicha alterada, todo envejecido, y, como casa vieja, amenazando por instancias la total ruina (*Ibid.*, p. 34).

Frase que sentaría perfectamente con el desengaño político, histórico, del *Criticón*, como si, a tres años de su primerizo y pujante *Héroe*, sobrecargado de una arrogante energía potencial que quiere insuflar al aspirante a un gran papel militar y político que pudiera retener España en su declive, Gracián, confesor de un virrey imprudente por prudencia excesiva en el asunto catalán, se dejará ya invadir por el pesimismo de la lucidez sobre el estado de la monarquía española.

DE LA DECADENCIA A LA DEGENERESCENCIA

Hasta ahí, la degradación temporal de la monarquía. Ahora viene la degenerescencia de los monarcas, y constata despiadadamente nuestro observador de los crepusculares Habsburgos de España, sin nombrarlos:

La juventud lozana y vigorosa engendra hijos robustos y esforzados, pero la vejez, destituida de sus antiguas fuerzas, falta del calor nativo y cercada de achaques, produce hijos débiles y flacos (*Ibid.*, p. 32).

Estado del reino y de los reyes, sentencia de “gran maestro, no hay que añadir comentario” (*OM*, 251), como diría el propio Gracián. Que ensarta a continuación

su teoría obstinada de lo “primero”: “Fueron comúnmente en todas las monarquías insignes reyes los primeros” (*P*, p. 32). Lo “primero” llega, pues, a ser aquí lo primigenio vital, genetal, cenital, en esta antropología política y dinástica, momento fuerte y frágil, fugaz, de vigor germinativo:

Dura por algún tiempo aquel primer calor nativo con que se formó el político cuerpo de un imperio; permanece aquella substancia radical del poder, de la prudencia y del valor (*Ibid.*, p. 33).

Los ejemplos aducidos, aludidos, son crueles para los segundones digamos “biológicos”. Así, para Roma: “Duró más la excelencia en sus reyes que en sus emperadores”.

Con esta explicación sin artificios: “porque aquellos eran hijos de su gallarda juventud, éstos de su cansada vejez” (*Ibid.*, p. 33).

¿Qué pensaría, en el momento en que Cataluña se daba a Francia, viendo la pujanza de la nueva dinastía francesa de los Borbones, iniciada por el siempre loado Enrique IV y actualizada por Luis XIII, comparándola con la ya mohosa rama austriaca de España? Extrañan las líneas encomiásticas dedicadas a un Luis XIII, inminente invasor de Cataluña:

Émulo de tantas glorias, Luis XIII, restaurador invicto de las Galias, ha desterrado de toda Francia la herejía, y se confiesa que ha de ahuyentar de todo el mundo la infidelidad, que quien comenzó persiguiendo los herejes debe acabar contrastando los mahometanos (*Ibid.*).

El papel mesiánico que se daba la dinastía hispana, su famosa misión de cruzada y monarquía universal, ¿con qué tranquilidad la otorga, en plena guerra, al rival y enemigo!

Los turcos vienen a corroborar esa tesis del envejecimiento dinástico, ya que su grandioso imperio sigue la misma curva desde el primero, “creciendo siempre desde Otomán hasta el afortunado Solimán. Descaeció ya en el segundo Selim”.¹²

AGUDEZA NOMINAL Y “NUMERAL”

Segundo tenía que ser el que sólo es primero por iniciar el descaecimiento, la decadencia de un imperio. Entre ingenua e ingeniosa, se trasluce en nuestro capcioso historiador una voluntad de hacer adherirse los principios de las monarquías

12. Sin embargo, el tiempo curó culturalmente a los turcos de su “barbaridad”, “hablo de los pri-

meros, menos y más que hombres, por lo inculco y por lo valeroso”, *Ibid.*, p. 36.

los de la genealogía, los inicios de un estado con los de una dinastía, emparejando nombres y números.

1° “Primeros”

Como una fatalidad onomástica, se deslinda en Gracián una vaga teoría tanto nominal como numeral en que los “primeros” de nombre lo son también de renombre: “el invicto don Pedro”¹³ era fatalmente el Primero de Aragón. “Valía por dos el gran rey don Ramiro el Primero de Castilla”, gracias a su esposa; en cambio “don Juan el Primero de Aragón”, bueno merced a su mujer primera, da en lo malo con la maldad de la segunda. Excepción notable en esta galería de reyes favorecidos por sus consortes de primera, a pesar de su rango, viene aquí citado “don Juan el Segundo de Aragón”.¹⁴

Los fundadores de imperios, primeros por definición, árabe, turco, mongol, tártaro, germano, se ven entronizados en un panteón de la fama a la par de “el grande emperador Rodolfo el Primero”¹⁵ de los Habsburgos, o “el primer Esteban de Hungría”, el Santo, Otón I¹⁶ o “Gustavo I de Suecia”.¹⁷

Al revés, averígüelo Vargas, los malos pierden el beneficio del título de “Primero”: Pedro I de Castilla y Pedro I de Portugal se ven descalificados de “Primeros” y comparten con Pedro IV de Aragón su anonimato numeral por sus apodos de “Cruelles”: “Hasta en la crueldad se compitieron, así como en el nombre se equivocaron los tres Pedros en España” (*P*, p. 42).

También vienen desposeídos de su rango respectivo de primero y segundo no mencionado, dos reyes de la Europa central: “Mucho daño hicieron los dos Luises, el de Polonia y el de Hungría”. Los vencidos no son nombrados por su número de primeros, tales Bayaceto, “cautivo”, o don Alonso de Aragón “desaparecido en Fraga, porque nadie pudiera alabarse de haber visto un aragonés vencido y muerto”¹⁸. Si “Francisco I de Francia, rodeado de sabios y caudillos”,¹⁹ conserva su número, vencido y preso, aunque con honor, lo pierde y comparte la suerte de esos reyes desdichados susodichos: “Francisco de Francia llamado el Grande sólo para que tuviese España un gran cautivo.” Sobre todo siendo “Primero”, cuyo rótulo, aquí ocultado, como trofeo de guerra, pasaría a su vencedor. De un don Sebastián de Portugal vencido ni asoma el número.

13. *Ibid.*, p. 41.

17. *Ibid.*, p. 49.

14. *Ibid.*, p. 60.

18. *Ibid.*, p. 55.

15. *Ibid.*, p. 36.

19. *Ibid.*, p. 46.

16. *Ibid.*, p. 53.

“Juan emperador”,²⁰ sencillamente aludido es, complicadamente identificado por la crítica, como Juan I el Pequeño, emperador bizantino. Sin embargo, en esa lógica, ¿cómo interpretar que, tras ese abominado pequeño emperador destituido de su título valorizante de “Primero” en graciosa teoría graciana, el monarca siguiente, abiertamente mencionado con su rango, sea “el gran Felipe IV”?²¹

Naturalmente, en esta ley natural del cuerpo físico de las monarquías con adecuación al de sus reyes, Aragón es excepción: “Sólo en Aragón faltó esta dependencia del estado de la monarquía, porque fueron extravagantes sus reyes”, es decir singulares, casi todos “primeros”, pues, y añade efectivamente, “desde Ramiro el Primero hasta el Católico Fernando”. Insiste sobre ello, sobre él, claro:

al contrario de otras monarquías, el último fue el mejor; creció la virtud con impulso natural en sus reyes, que es mayor en el fin que en el principio (*P*, p. 35).

Con gran naturalidad, en nombre de un “impulso natural” providencial, contradice lo hasta ahí apuntado de la degenerescencia energética de las dinastías y monarquías.

Aunque no de manera sistemática, bastante recurrente, los segundos creo que aparecen sólo como si fueran copias pervertidas, degeneradas, de los “primeros”. Merecen un recorrido.

2°) Segundos

Son, primero, tres “segundos” los que sirven de ejemplo de mala educación de rey, de abandono y dedicación al ocio, a los placeres : “Dionisio el Segundo de Sicilia”, “Nino el Segundo, el hijo de Semíramis”, “don Sancho el Segundo de Portugal”, “el Capelo”, que tenía “horror al oficio”, de modo que, nos explica, “remitiendo todos estos el trabajo, vinieron a quedarse con sólo lo gustoso y el título de reyes, hasta perderlo también”.²² Polonia, “A Vladislao II de Polonia, aborrecelo por vicioso”.²³ Un “Magno el Segundo de Suecia” se pierde por “la fuerza del deleite”.²⁴ En Castilla, “un don Juan el Segundo”²⁵ no es sino un derrochador que hace esperar con alivio la parquedad de Fernando, y es lamentable ejemplo, más

20. *Ibid.*, p. 39.

21. *Ibid.*, p. 39.

22. *Ibid.*, p. 28.

23. *Ibid.*, p. 32.

24. *Ibid.*, p. 34. Pero en la misma página, “un Claudio Segundo” es uno de los restauradores de Roma.

25. *Ibid.*, p. 41.

lejos, de la falta de aplicación.²⁶ Vladislao II otra vez y Eduardo II de Inglaterra no quisieron ser reyes, y como “esto no tiene nombre”,²⁷ tampoco esta vez número. “Esclarecido rey” pero oscurecido por “sus indignos virreyes”, Estenon de Suecia sólo podía ser Segundo.²⁸

Cual si fuera estigma o marca indeleble de segundo plano o de inferioridad, como se ostenta el rango cronológico de “Segundo”²⁹ de un rey malo, así se disimula en caso contrario, tal vez para salvar la coherencia numeral o numerológica en que se ha atrapado nuestro cronista y panegirista político. De este modo, Enrique II el Santo de Alemania cuidadosamente se ve desquitado de ese rango de “Segundo”, apareciendo sólo como “Enrico”. Ensalzados por “justos, píos, religiosos e hijos del Excelso”, Enrique II el Santo de Alemania, Roberto II el Piadoso³⁰ de Francia, Canuto II el Grande de Inglaterra, corren suerte pareja en tierras nórdicas con Boleslao el Grande, éste sí que I, y nos llegan en noble y vaga familiaridad purificados de la categoría de segundos: “Un Enrico emperador en Alemania, Roberto en Francia, Canuto en Inglaterra, y Boleslao en Polonia” (P, p. 42). De igual modo, en igualdad confesional con los cristianos, muy elogiados, los musulmanes Mahometo II, Bayaceto II y Selim II, lavados de la marca de segundos, aparecen en el texto como “un conquistador Mahometo”, “un Bayaceto afortunado”, un “valeroso Selim”.³¹

En general, los reyes venerados pierden casi siempre todo número desfavorable en esa jerarquía aritmético-histórica y la perífrasis enfática evita la cifra: “Casimiro el Grande de Polonia”³², Alfonso V no será más que “el magnánimo de los Alfonsos”, “Alfonso el Magnánimo de Nápoles”³³, Casimiro III el Grande de Polonia pierde su número. Otros no son más que un nombre que tal vez se da por conocido, como Luis IX de Francia, el Santo, pero siendo nombrado sólo “Luis”,³⁴ no facilita siempre la identificación de tanta regia ralea.³⁵

26. *Ibid.*, p. 48.

27. *Ibid.*, p. 49.

28. *Ibid.*, p. 57.

29. También de los que son posteriori, por ejemplo: “Carlos II” “es un príncipe dejado”, p. 51.

30. *Ibid.*, p. 42: Roberto II el Piadoso (970-1031). No creo que se haya identificado hasta aquí este rey.

31. *Ibid.*, p. 40.

32. *Ibid.*, p. 46, el III.

33. *Ibid.*, p. 49.

34. *Ibid.*, p. 36, 37.

35. Cf. “la política de un Luis”, ¿cuál?, p. 45; “el político Luis los hace políticos”, p. 59. Claro, el lector no tiene que haberse olvidado los elogios tributados a Luis XI de Francia pero como también los concede a Luis IX, no siempre resulta claro.

OCASO, CASO Y CASA DE LOS AUSTRIAS

Si se atiende a lo que dice Gracián de las monarquías y dinastías desgastadas por el tiempo, implícitamente, el juicio parece sellado respecto a los Austrias españoles, sus coetáneos en el siglo XVII, si bien Carlos V, afortunadamente “Primero” de España, inicia un imperio, que aun sostiene su hijo inmediato en el siglo XVI pero que parece naufragar en ese año terrible de 1640 en que sale *El Político* como una tremenda lección de historia: y por eso mismo ya caduca e inútil. A no ser que se cifren las esperanzas de la monarquía española, y seguramente las políticas y aúlicas de nuestro escritor y mentor, en el infante Baltasar Carlos,³⁶ que lleva en sí la pujanza francesa de las alabadas “prosapias” “belicosísimas” “como lo es la de Borbón” por su madre (ni aludida, naturalmente) y se “mezcla con la de Austria” por su padre, lo que le destina “para ser monarca del Universo.” Añadiendo esta mayúscula “agudeza nominal”:

Sea oráculo su real nombre BALTASAR REY, compuesto de las cuatro vocales que dan principio a todas las cuatro partes del mundo, en presagio de que su monarquía y fama han de ocuparlas todas (*P*, p. 26).³⁷

No obstante, con la reserva de este esperanzador paréntesis de un Baltasar Carlos apenas en ciernes, si esas aplastantes sentencias fatalistas sobre el declive de las monarquías son ecos de las conversaciones aragonesas y navarras con el virrey napolitano Nochera, no es de extrañar que éste último terminara mal su carrera española enfrentada con la corte.

Sin embargo, a pesar de la valentía de esas consideraciones sesgadas sobre las monarquías decadentes, no se puede esperar la locura de críticas abiertas, y el caso es que con los Austrias, al menos en *El Político*, no funciona esa “agudeza numeral” de ocultación de rango: Felipe III aparece como tal (hubiera tal vez sido difícil indicarlo por perífrasis identificatorias como otros monarcas, incluso no españoles: ¿El

36. Debo esta acertada sugerencia a Karine Durin. En efecto, recordemos las esperanzas aragonesas en Baltasar Carlos (1629-1646) que nuestro también Baltasar -otra predestinación onomástica seguramente para él- ya tal vez manifestaría al dedicar al infante su próximo *Arte de Ingenio* en Madrid (1642) y su *Discreto* (1646) el año mismo de la muerte del infante, que tal vez vio fenecer el sueño palatino y cordial de nuestro aragonés: el corazón del malogrado príncipe queda en la Seo de Zaragoza.

37. El único nombre escrito en mayúscula con el de Felipe IV, p. 59 (véase más adelante la cita). Las *cuatro* vocales del nombre, artificioosamente complementado de “rEy” para crear ese juego nominal son, por supuesto, las 3 A de Baltasar y la E de rey, o sea, iniciales de los cuatro continentes: África, América, Asia y Europa, el continente austral permaneciendo aun desconocido.

Piadoso?). Felipe IV es alabado sin duda alguna, pero se puede constatar que el encomio en mayúscula con que comienza el elogio trillado (“Y el gran FILIPO IV de las Españas, porque lo es todo”...), termina por las alabanzas apoyadas del valido:

ha tenido un ministro, digo un archiministro: el Excelentísimo señor don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, eminente en todo, Ministro Grande del Monarca Grande. Verdaderamente gigante de cien brazos, de cien entendimientos, de cien prudencias. Que sin duda previno el Cielo para los mayores riesgos de esta Católica Monarquía los mayores hombres (*P*, p. 59).

Redoble de “primeros”, pues: y efectivamente, por ser los primeros en presenciar el primer derrumbe de la monarquía.

Los Austrias vienen en escrupulosa retahíla en las “empresas” categorizadas, pero parciales:

Las del valor fueron plausibles en Carlos V; las de la justicia, urgentes en Filipo II; las de la religión, gloriosa en Filipo II; las del gobierno, heroicas en Filipo IV el Grande, y todas juntas en Fernando (*Ibid.*, p. 50).

EL SEGUNDO DE LOS FELIPES

Respecto a ese trono de la prudencia tan elogiado por Gracián se plantea el problema: ¿Repugnancia a nombrarlo “Segundo” o manía perifrástica en repetir, de manera imperturbable, como en el caso de tantos otros, los epítetos que le dio una vez?

Desde la primera aparición, en *El Héroe*, le pega una etiqueta: “el prudente de los Filipos de España”. A continuación, lo nombra como “Segundo”, pero es una citación de un portugués cortesano (*H*, V) que volverá a repetir en la *Agudeza*.

En el Primor VII, en que hace gallarda ufanía de la ventaja de “primaría”, con prudencia, suya esta vez, no menciona el número dinástico del hijo de Carlos V de Alemania, pero I de España: “Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia [...] y si el César, su invicto padre, fue un prodigio de esfuerzo, Filipo lo fue de la prudencia” (*H*, VII, p. 17). O sea, primero. En el Primor precedente podemos saborear la maña aguda de nuestro aragonés, que de la necesidad de distinguir entre dos Filipos hace un concepto en que el “Segundo” sale en realidad primero:

Distaron mucho los dos Filipos, el de España y Macedonia. Extrañó, el primero en todo y Segundo en el renombre, al príncipe (*H*, VI, p. 15).

El mismo tipo de subterfugio lo tenemos en *El Político*:

Un Francisco I de Francia, rodeado de sabios y caudillos. Un Filipo II de España, que comenzó valiente y acabó prudente (*P*, p. 46).

En la lógica gramática y numeral que va de I a II, el rey español termina en la virtud primera de un monarca, la prudencia, tal vez al revés del infortunado primero.

Aparte de eso, tenemos otra vez, aludido, “un monarca católico”,³⁸ “Filipo II el Prudente”, y “el prudente Filipo”,³⁹ “el prudentísimo Filipo”.⁴⁰

En toda la obra tenemos 35 menciones de Felipe, casi siempre aludido perifrásicamente con su renombre de prudente.⁴¹ Sólo en 10 de ellas se ve nombrado de “Segundo”, y aun incluyendo los conceptos que lo hacen, jugueteando, sin par, es decir “primero”: “Felipe Segundo sin segundo” (*A*, XXI, p. 333).⁴² También cita un poema sobre el recibimiento en Tarazona “de su gran rey Felipe Segundo y del príncipe don Felipe III”:

A dos Filipos espero,
en quien hoy espera el mundo:
el Segundo sin Primero,
el Tercero sin Segundo (*A*, XXXIII, p. 396).

En otra arte de la *Agudeza*: “el Primer Prudente, y el Segundo Filipo de España” (*A*, XXXIV, p. 401).

38. *Ibid.*, p. 33.

39. *Ibid.*, pp. 58-59.

40. *Ibid.*, p. 63.

41. Aparte de las ocurrencias ya citadas: “Prudente monarca de las Españas” (*A*, I); “al prudente rey Filipo” (*A*, XIV); “el sabio y prudente Felipe Segundo” (*A*, XLIII); “un Rey Felipe de España” (*A*, XLVII); “don Felipe Segundo de España, siempre prudente y aquí ingenioso” (*A*, XLVII); “del rey don Felipe el Prudente de España” (*A*, LVII); “el Salomón católico” (*C*, I, xii); “el Júpiter de España” (*C*, II, i); “la más atenta prudencia” (*C*, II, iv); “un príncipe tan atento

como prudente” (*C*, II, iv); “un señor tan cuerdo, llamado por antonomasia el Prudente” (*C*, III, iii); “el perseguir los propios hijos y hacerles guerra, encarcelarlos y quitarles la vida...”, ¿alusión a don Carlos? (*C*, III, iv); “prudentazo rey de las Españas, Felipe Segundo y escuela primera de la prudente política” (*C*, III, vi); “Aquí vieron formar un gran rey, y cómo le daban los brazos del emperador Carlos Quinto, la testa de Felipe Segundo y el corazón de Felipe III, y el celo de la religión católica del rey don Felipe el Cuarto.” (*C*, III, vii); “Felipe Segundo” (*C*, III, xii).

42. Se trata de un poema de Falcón traducido por Salinas del latín.

En *El Criticón*: “aquel gran hombre, tan celebrado de prudente en España, en la primera batalla y la última en que se halló” (C, II, viii); “Felipe Segundo y escuela primera de la prudente política” (C, III, vi).

VUELTA AL ÚLTIMO Y PRIMERO

La penúltima página de *El Político* es un panteón de los mejores reyes de la historia, “augustísimo teatro [...] de la fama, de honor, de heroicidad, de lucimiento”, “catálogos del aplauso y de la fama” en el que distingue “diversos coros según las eminencias y renombres”.⁴³ Si los ángeles del cielo tienen nueve coros, estos monarcas de la tierra tienen diez⁴⁴ y, en todos, con afán apologético, figura Fernando.

Ese vértigo enumerativo de reyes, ese trance de la numeración delatan los límites y artificio de esa agudeza numeral. Entre los mejores monarcas en diversas “asignaturas” regias, es difícil hacer coincidir la “primaría” con el “primero” del nombre. Sin embargo, como una fatalidad o providencia onomástica, los primeros citados, en el valor primero, que es por supuesto el celo católico, coinciden en nombre y número, y me parece revelador de ese intento no llevado a cabo, ya que la historia oficial no ha seleccionado sólo los “primeros” de nombre como primeros en la calidad. Así, pues, Fernando tiene puesto

En el [coro] de una sacra católica piedad, entre un Teodosio, Enrique, Otón y Rodolfo primeros de este nombre; entre ambos Ferdinandos, el Primero y el Segundo, emperadores (P, p. 64).

No pudiendo, evidentemente mantener la apuesta de esa “primaría” nominal, parece seguir, tras ese primer “Segundo” citado, una lógica progresión aritmética:

entre Recaredo, Wamba, Pelayo, don Fernando y Filipo terceros de España; entre Clodoveo, Carlo Magno y Luis IX de Francia (*Ibid.*).

Pero no llegando a la decena, al finalizar el “primer” coro, el principal, el de etiqueta religiosa, cierra el círculo volviendo a los primeros:

entre Esteban I de Hungría, Enrico I de Suecia, Olao I de Noruega y Casimiro de Polonia (*Ibid.*).

43. P, pp. 64-65.

44. Son los de: “católico, valeroso, magnánimo, político, prudente, sabio, amado, justiciero, feliz y universal héroe”, *Ibid.*, p. 65.

Imposible tarea cuando se nombra a 61 monarcas principales: 33 no tienen número (una gran cantidad de antiguos); 14 de ellos lo tienen (pero es también necesidad final, tal vez, de clarificación entre los tres Felipes españoles, los Luises IX y XI de Francia, Carlos V el emperador y Carlos V de Francia, Enrique IV de Francia, aunque tampoco aquí se llegue a sistema); 15 son “Primeros” de nombre y no creo equivocarme en sentir que se destacan más como se vio en el primer coro, ya que, en los sexto y séptimo coros -el capital, para él, tras el coro de la religión, es el de la “prudencia”-, reaparece ese sistema numeral de *crescendo decrescendo*:

En el de los prudentes, entre un Justiniano emperador, Maximiliano I, Gustavo I de Suecia y Filipo II de España. En el de los magnánimos, entre Nino el Primero de Asiria, Jerjes el Primero de Persia, Octaviano Augusto y don Alonso el de Nápoles (*Ibid.*, p. 65).

Alfonso el Magnánimo no podía faltar aquí, como Felipe el Prudente, pero, en realidad, ¿qué necesidad habría de apelar a monarcas de la remota antigüedad asiria y persa, Nino y Jerjes, difíciles de confundir con otros de mismo nombre, sino para resaltar su posición de “primeros” y machacar de otro modo que Fernando es primero entre pares, pero sin par? Y como en todo caso todos estos reyes, con el nombre y número de primero o sin él, son primeros en su categoría, resulta que lo mismo que *El Héroe* es una metábola, una variación alrededor del concepto de “primero”, *El Político*, en la misma filiación, es una exaltación de la “primería” absoluta de Fernando.

Con el problema que, por muy Católico que se le titule, el deseo de “primero” no es muy cristiano: “los primeros serán los últimos.”

Pero a todo Héroe primero, en las letras, en las armas o en la virtud, le espera el juicio del crítico, el fallo del historiador, ministro de la fama, y el de Virtelia, encantada pero lúcida sobre las glorias vanas del mundo. Eso le espera en *El Crítico*.